

La noche era oscura, fría, y el viento acariciaba mi pelo. Mis manos sudaban y con el poco valor del que disponía, llamé al fono; él ni siquiera se dignó a preguntar y la puerta se abrió. Me detuve, cuestionándome si debía entrar o quedarme allí. Simplemente suspiré y giré el pomo lentamente.

Al hacerlo, un ambiente tenso me envolvió de pies a cabeza. Las persianas estaban bajadas y la única luz presente era la de la sala de estar. Tragué saliva y me dispuse a cruzar el pasillo a oscuras, procurando hacer el menor ruido posible. No me atrevía a hablar, ni siquiera a saludarle; porque en el fondo, sabía lo que ocurriría si lo hacía.

Cada paso costaba, se sentía como si estuviese caminando hacia un callejón sin salida, pero sabiéndolo con anterioridad. Crucé por delante de la puerta del salón, rogando por que no estuviese allí. Tuve suerte, y él no se encontraba en la sala de estar. Un poco más segura, fui a mi dormitorio; entré velozmente y cerré con llave.

Suspiré, pensando que el miedo había acabado por ese día. Pero me equivocaba... Al levantar la vista, una mirada de odio se cruzó con la mía. Me quedé helada, la calma que sentí hace unos segundos había desaparecido. No pude reaccionar. Era como si el tiempo se hubiese detenido y él y yo fuésemos las únicas personas en la faz de la tierra. Si pudiese describir lo que sentía con una sola palabra, sin duda, elegiría "terror".

Él agarró la manga de mi chaqueta y me empujó hacia la pared. Recibí un golpe en la cabeza que provocó que comenzase a ver borroso. Solo llegué a ver como levantó su brazo, posiblemente para golpearme de nuevo. Cerré los ojos para recibir el impacto; más este no llegó. La puerta se vino abajo y varios policías entraron y lo apartaron rápidamente de mí. Mi respiración era agitada y aunque traté de calmarme no lo logré:

-¡Suéltense!- No escuché más. Todo se volvió negro y caí rendida al suelo. Escuché la voz preocupada de una mujer y después, silencio. Me desmayé; eran demasiados sucesos en una noche.

Tardé un rato en despertar. Cuando lo hice, abrí lentamente mis ojos. Estaba en lo que parecía una camilla de hospital. "¿Qué hago aquí?" me pregunté. Una enfermera entró a la habitación y al verme despierta, las libretas que cargaba cayeron al suelo. Yo contemplé la escena con extrañez:

-¡Has despertado!- Repitió varias veces la mujer con emoción.- ¡Ahora mismo avisaré a tu madre! ¡Espera aquí!- Y salió a la velocidad de la luz.

Luego de un rato, la puerta se abrió. Ahí estaba mi madre, con lágrimas recorriendo su rostro, el maquillaje corrido y su pelo alborotado. Me miró y en cuestión de segundos ya estaba abrazándome. Mis ojos se cristalizaron y no tardé en llorar. Nos separamos y ella sonrió cálidamente.